



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

El Espíritu
Santo en
nuestras
vidas

GUIÓN DE MITAD DE SEMANA

El Espíritu
Santo y los
Sacramentos

2019

Junio

Sesión 1 – El Espíritu Santo en nuestras vidas

Bienvenidos a nuestras sesiones de grupo pequeño de junio. Este mes, estudiaremos sobre el Espíritu Santo como Persona de Dios, y desarrollaremos una mejor comprensión sobre cómo el Espíritu Santo actúa en nuestras vidas y en la iglesia.

Como cristianos, reconocemos que la misión de Jesús en la Tierra fue reconciliar nuestra relación con Dios, el Padre. El Padre ya no tiene que estar lejos de nosotros; a través del sacrificio de Cristo, podemos tener una relación personal con Él. También estamos invitados a tener una conexión estrecha con Jesucristo. Él es Amigo de los pecadores; Él es Dios verdadero y Hombre verdadero, y entiende lo que atravesamos en la vida. Así como buscamos una relación con el Padre y el Hijo, también queremos construir y fortalecer nuestra relación con el Espíritu Santo, quien fue enviado por Dios. Él no es un concepto, ni es algo teórico. Él es la tercera Persona de la Trinidad.

Veamos la relación que podemos tener con el Espíritu Santo.

En Juan 14, Jesús prometió que el Padre enviaría a un Consolador para estar por siempre con Sus discípulos después de Su ascensión (Juan 14:16). El Espíritu Santo es el Ayudador y Consolador prometido. Él está junto a nosotros en la vida, y nos fortalece para que podamos soportar luchas y ser victoriosos. Es con esta fortaleza y poder que podemos vivir la vida que Cristo nos ha llamado a vivir.

Continuando en Juan 14, Jesús revela otra característica del Espíritu que es importante que entendamos. Después de enseñar a los discípulos acerca de Su relación con Dios, el Padre, Jesús dice: «Os he dicho estas cosas estando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que Yo os he dicho» (Juan 14:25-26).

El Espíritu Santo fue enviado para continuar la obra de Jesús. Así como Jesús enseñó a Sus discípulos, el Espíritu también enseñaría a los discípulos de Jesús. En este papel como Maestro, el Espíritu Santo no anuncia un nuevo Evangelio, sino que nos recuerda lo que Jesús enseñó. El Espíritu arroja luz sobre cosas que aún no vemos, y nos revela continuamente nuevos entendimientos divinos (Juan 16:13). Él nos ayuda tanto a aprender como a enseñarles a los demás sobre Dios, para que la obra de Cristo permanezca viva en todos los creyentes.

Nuestra relación con el Espíritu Santo es necesaria, no sólo porque Él nos enseña y nos guía, sino porque Él nos da vida. Para entender mejor esto, primero veamos la vida de Jesús. Podemos ver que el Espíritu Santo le dio vida a Jesús tanto en Su concepción (Mateo 1:18) como en Su resurrección (1 Pedro 3:18). Enfoquémonos en la actividad del Espíritu en la resurrección de Jesús, porque se relaciona con la manera en que recibimos vida del Espíritu Santo. En la primera epístola de Pedro a los primeros cristianos, él escribe: «Porque Cristo murió por los pecados una vez por todas, el justo por los injustos, a fin de llevarlos a ustedes a Dios. Él sufrió la muerte en Su cuerpo, pero el Espíritu hizo que volviera a la vida» (1 Pedro 3:18 NVI). Jesús pagó el precio por nuestros pecados con Su vida. Él sufrió y murió, pero luego fue resucitado por el Espíritu Santo.

El mismo poder que resucitó a Jesús de entre los muertos también nos da vida. Pablo les escribe a los romanos: «Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el Espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (Romanos 8:9-11).

Debido al pecado, estábamos espiritualmente muertos. Pero el sacrificio de Jesús nos abrió el camino para que experimentemos la vida, y es el Espíritu Santo quien nos da nueva vida. Dios hace brotar la vida de la muerte: Él es el Único con el poder para hacer esto.

Por lo tanto, la pregunta que queremos hacernos es: ¿en qué centramos nuestros pensamientos? Jesús nos indica la dirección correcta en Juan 6: «El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha [...]» (Juan

6:63). Cuando nuestros pensamientos se centran en los caminos de este mundo, estamos en un camino que nos separa de Dios. Cuando nos enfocamos en la condición de nuestra alma, aquello que agrada a Dios, y la eternidad con Él, entonces fijamos nuestros pensamientos en las cosas del Espíritu, porque Él trae vida eterna y paz. Esta es nuestra relación con el Espíritu Santo: una que da, nutre y protege la vida.

¿Cómo sabemos si tenemos esta relación con el Espíritu Santo? Regresemos a Juan 14. En el versículo 17, Jesús les dice a los discípulos que el mundo no puede recibir al Espíritu Santo porque el mundo no lo conoce. Pero les asegura a los discípulos que *ellos* lo conocen. Nosotros también conocemos al Espíritu porque Él mora con nosotros. Jesús, el enviado por el Padre para salvarnos, nos asegura de la presencia del Espíritu Santo, quien fue enviado para continuar Su obra. Acojamos esta promesa y demos la bienvenida a la presencia del Espíritu para guiarnos y enseñarnos en la vida, y crezcamos en nuestra relación con Él siguiendo el ejemplo de Cristo y dedicando tiempo a la Escritura, la adoración y la oración.

En nuestra siguiente sesión, nos enfocaremos en la actividad del Espíritu Santo en la iglesia a través del sacramento y el ministerio. ¡Hasta la próxima!

Sesión 2 – El Espíritu Santo y los Sacramentos

¡Hola de nuevo! Bienvenidos a nuestra segunda sesión de mitad de semana de junio. La última vez exploramos nuestra relación con el Espíritu Santo. Hoy conversaremos sobre la actividad del Espíritu Santo en la iglesia a través del Sacramento y el ministerio. También abordaremos la distinción entre el Espíritu Santo como la tercera Persona de la Trinidad, y el don del Espíritu Santo que recibimos en el sacramento del Santo Sellamiento.

Dios es trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Podemos ver en las Escrituras cómo las Personas de la Trinidad obran juntas, por ejemplo, en el relato de la Creación en Génesis (Génesis 1:2). Sin embargo, cada Persona de la Trinidad tiene un punto particular de énfasis. Nuestro Catecismo enuncia: «Dios, el Padre, es Creador; el Hijo, Redentor y el Espíritu Santo, Creador de [la nueva creación]» (CINA 3.2.4). Aceptamos que Jesús fue Hombre verdadero y Dios verdadero: la única Persona de la divinidad que fue encarnada y vivió como un ser humano en la Tierra. Únicamente, sólo el Espíritu Santo fue derramado. El Espíritu Santo es el poder de Dios: un poder que se manifiesta en nosotros como seres humanos y en la iglesia, como el Creador de la nueva creación. Entonces, ¿cómo obra el Espíritu Santo para efectuar la nueva creación?

Primero conversemos sobre la participación del Espíritu Santo en los sacramentos. Un sacramento es una manifestación fundamental de la gracia de Dios, un acto santo realizado en el humano para que este pueda alcanzar la salvación. En la Iglesia Nueva Apostólica tenemos tres sacramentos: el Santo Bautismo, la Santa Cena y el Santo Sellamiento. Al administrarlos, el ministro autorizado actúa en nombre de la Trinidad:

Santo Bautismo: «Te bautizo en el nombre de Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo».

Santa Cena: «En el nombre de Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, separo pan y vino para la Santa Cena».

Santo Sellamiento: «En el nombre de Dios, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo recibe el don del Espíritu Santo».

En el Santo Bautismo, es el Espíritu Santo quien consagra el agua y llama al alma a salir de su estado de lejanía de Dios para venir a Él y creer en Jesucristo. Es el Espíritu Santo quien alienta al alma a entrar en la iglesia de Cristo y ser parte del cuerpo de Cristo. Él le proporciona al cristiano la fuerza necesaria para luchar la batalla contra el pecado. ¡Es por eso que queremos tener una fuerte relación con el Espíritu Santo!

Para la Santa Cena, cuando el pan y el vino son consagrados por un ministro autorizado, es el poder del Espíritu Santo el que genera la realidad divina de la presencia real del cuerpo y la sangre de Jesús. Es aquella

presencia real la que nos permite ser partícipes de la naturaleza de Jesús –Su fuerza perfecta para vencer al mundo–, y nos permite vivir en Cristo.

En el sacramento del Santo Sellamiento, recibimos el don del Espíritu Santo. El Espíritu de Dios hace Su morada permanente en un ser humano; Dios mismo comparte una parte de Su *naturaleza* con nosotros. Quien recibe este sacramento no recibe al Espíritu Santo como una Persona de la divinidad. Más bien, recibimos el poder de Dios, Su vida y Su espíritu. Su amor es derramado en nuestros corazones y eso es lo que hace posible que podamos amar como Dios ama porque, como Romanos 5:5 declara: «[...] el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado».

El Espíritu de Dios mora en nosotros para que la nueva creación en nosotros –que resulta de nuestro renacimiento espiritual de agua y Espíritu– pueda matar a nuestra vieja naturaleza y transformarse en la naturaleza de Cristo.

El poder del Espíritu Santo también se manifiesta en la iglesia y en el ministerio ordenado. Jesús «ordenó» a los Apóstoles cuando les dijo: «Como me envió el Padre, así también Yo os envío». Y habiendo dicho esto, sopló [sobre ellos], y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”» (Juan 20:21-23). Entendemos que este suceso fue su ordenación. Con esto, Jesús los autorizó, bendijo y santificó para su ministerio. Antes de Su ascensión, Jesucristo resucitado les prometió a los Apóstoles: «He aquí, Yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto» (Lucas 24:49). De esta manera, Jesús prometió el envío del Espíritu Santo.

Esta promesa se cumplió en Pentecostés. Este «poder desde lo alto» se refiere al cumplimiento, motivación y fortalecimiento por medio de la actividad del Espíritu Santo, e indica la poderosa intervención de Dios en la historia de la humanidad. Dios se reveló a Sí mismo en la actividad del Espíritu Santo en Pentecostés, el día en que comenzó la actividad pública de los Apóstoles. El Espíritu Santo fortalece a la iglesia de Cristo en su esfuerzo por vivir de una manera que agrade a Dios y su preparación para el retorno de Cristo. El poder del Espíritu Santo obra en el ministerio de Apóstol ocupado hoy de la misma manera que en el pasado: en la debida administración y dispensación de los sacramentos, en el debido anuncio del Evangelio inspirado por el Espíritu Santo, y en mantener viva la promesa del retorno de Cristo, preparando así a la novia de Cristo para Su retorno.

A medida que celebremos Pentecostés, reflexionemos y agradezcamos especialmente por la tercera Persona de la divinidad, al Espíritu Santo, quien actúa en los sacramentos para darnos un renacimiento espiritual. Experimentemos el poder del Espíritu Santo en el apostolado y en los ministros ordenados por ellos. Permitamos que el poderoso don del Espíritu Santo lleve a la nueva creación en nosotros a la madurez espiritual, preparados lo mejor que podamos para el retorno de Cristo.

Eso es todo para esta sesión. ¡Gracias por participar! El próximo mes, abordaremos el tema de la oración. Por favor, acompáñanos.